

Luis de la Cruz, 1806: viaje hacia la fundación de una literatura de La Pampa

Dora Battistón
Daniel Pellegrino¹

Un primer examen del Diario de Luis de la Cruz, a partir de las diversas líneas que atraviesan la trama textual - histórica, geográfica, antropológica-, permite advertir que el lugar donde se anudan estas percepciones es, deliberadamente, la escritura.

De este modo, la actividad discursiva parece constituirse para el viajero en tarea esencial, casi en misión, desde que sale en busca de un camino, pero tiene que relatar un mundo. En realidad, el viajero es el cronista, y el cronista devela la autoconciencia del escritor, que reside en una visible preocupación por el lenguaje y una clara obsesión por el registro:

"...aunque mis luces son muy limitadas por haber acomodado esta descripción de modo que merecería algún aprecio. Me queda el consuelo de que la he trabajado con buena voluntad, y que es tan verdadera, como que he traído en todos los días una apuntación de los objetos que he visto y que he examinado. Con la misma proligidad, he atendido al conocimiento de los naturales..." (De la Cruz 1910: 282).

Esta especie de justificación, al final del *Diario*, puede relacionarse con cierto pasaje "metaliterario" que dramatiza el momento en que el cacique Carripilún lo encuentra escribiendo, a las cuatro y media de la mañana y recibe, como respuesta a su inquietud, la explicación que da sentido a un texto que, a su vez, contiene la escena narrada.

El *Diario*, esto es, la resultante de esa actividad tan intensa -la escritura- sirve, según la respuesta del cronista, para aliviar los trabajos de los hombres, para que el conocimiento pueda abrir los caminos de la siembra y de la consecución de todo lo que es menester para la vida. Sirve también para que las gentes se relacionen, aun en la diversidad y, en conclusión, sirve para fundar una cultura.

El modo de transmitir los discursos referidos- como el de Carripilún- y los propios, la teoría y práctica de la persuasión, revelan un punto de partida en la elocuencia clásica y refuerzan a su vez el valor de la misión asumida como escritura.

Todo este sistema de cartas, discursos, parlamentos, observaciones acerca de la oratoria aborígen; las reproducciones fieles o acaso estetizantes de los razonamientos, arengas y conversaciones con los distintos actores, a lo largo del viaje; sus propias actividades de registro; los problemas de interpretación, traducción, expresión y prestigio que se suscitan a cada tramo,

¹ Docentes del Seminario de Literatura Regional, Departamento de Letras, FCH, UNLPam.

llegan a configurar -a modo de macroestructura evidente aunque no postulada como objetivo- una suerte de tratado acerca de la palabra, su preciso valor, su virtud y expansión casi ilimitada. El hecho, además, de saberse en tránsito, la conciencia del lugar y de los pobladores, de las ideas que sostienen los que ocupan el territorio, los riesgos de cada zona que se abre bajo sus pies, traen ya en germen una actitud literaria que podríamos considerar fundacional.

Sabemos que, en principio, la literatura misma es autorreferencial, y que luego se proyecta en espacio y tiempo, hasta cerrar algunos círculos -como en el caso de Luis de la Cruz- significativos al punto de revelar el inicio de ciertas coordenadas que, en la actualidad, determinan el campo de estudio de la literatura de la región y, más específicamente, de la provincia de La Pampa.

Así, Edgar Morisoli puede retomar en su poesía, a partir de la voz, el luminoso fantasma del Chileno precursor y su resonancia futura:

" y así lo escribiré para que dure
la voz de América".²

De Chile a Buenos Aires

El chileno Luis de la Cruz (1768-1828) -militar de carrera y funcionario público-, fue también protagonista de las luchas por la independencia junto a O'Higgins y San Martín. Con éste participó en la campaña libertadora del Perú, donde alcanzó el grado de Mariscal de Campo. De regreso a su país, siguió cumpliendo responsabilidades que afirmarían la independencia de Chile.

Al momento de emprender el largo viaje desde Chile a Buenos Aires ocupaba el cargo de "Alcalde Provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile". Conocía bien y se hallaba en buenas relaciones con las tribus y parcialidades araucanas.

En abril de 1806 iniciaba un viaje cuya finalidad era explorar un territorio oficialmente desconocido y aún no dominado por la corona española, llamado "Mamilmapu". En compañía de pehuenches aliados, la expedición mide el terreno, busca buenos pasos para carretas, pastos y aguadas. El plan estratégico es establecer una ruta comercial entre Chile y Buenos Aires y consolidar el dominio sobre las tribus insumisas, aquellas que nunca habían hablado de acuerdos de paz o de intercambios duraderos con los españoles. Se empeñará en cultivar un trato deferente, de convivencia con ellas³.

² "Jornada de los Confines", Jornada LI, llamada "del Adiós" que canta "La despedida en Melincué" (Morisoli 1994: 101).

³ Así se manifiesta de la Cruz ante el cacique pehuenche Manquel, para convencerlo de que lo acompañara hacia "las pampas": "...si se abre este camino que ando reconociendo, y se entabla por él un comercio franco con los del

Este camino debía afianzarse, además, porque existía la presencia y merodeo de un enemigo común en las costas de la Patagonia. El propio De la Cruz no podrá llevar a buen puerto su viaje porque, precisamente, el enemigo inglés invade Buenos Aires.

El Diario del viajero

Pero lo más importante es que Luis de la Cruz escribe un diario detallado de lugares, acontecimientos, hablas y costumbres. Organiza un texto variado, superior al de otros viajeros, antes de que la “Conquista del desierto” de 1879 cambiara radicalmente el punto de vista sobre los acontecimientos y los aborígenes. El texto no ha perdido interés y ha sido capaz de iniciar una representación, una identidad simbólica del territorio entonces desconocido, buena parte del cual terminará constituyéndose en la actual provincia de La Pampa.

Luis de la Cruz se había ofrecido a hacer el camino “a su costa”. Y con la venia del Capitán General de Chile Luis Muñoz de Guzmán y del virrey Rafael de Sobremonte, asentado en Buenos Aires, empieza su derrotero.

La importancia primera de su Diario se verifica en el cuidado y tiempo que se toma para redactarlo. En los descansos de la travesía, cuando se desentiende de las ocupaciones de cada jornada, De la Cruz escribe. Hasta se preocupa por enviar a Chile una parte de ese texto cuando llega a orillas del río Chadileuvú⁴, frontera de las tierras desconocidas. En Córdoba, aun el propio virrey Sobremonte (escapado de las invasiones inglesas) le pregunta por el Diario. Más tarde, ya en una Buenos Aires recuperada, se dedica a corregir, a ordenar y copiar ejemplares.

En el prólogo da cuenta de la organización de su texto en partes, “a fin de no ofuscar las relaciones de la ruta con largas digresiones”: a) “Instrucciones”; b) el “Viaje” propiamente así llamado; c) una “Tasación”; d) una “Descripción” de los terrenos andinos poseídos por los pehuenches “y los demás espacios hasta el río de Chadileubu” (sic); e) un “Tratado” sobre las costumbres de los pehuenches. Sin embargo, pese a tanta mención de los pehuenches, en ninguna de estas partes deja de aparecer alguna anotación, una cita al pie, sobre los otros indios pobladores de las pampas⁵.

obispado de Concepción, y los del vireynato de Buenos Aires (...) hasta hacernos unos ambos reinos, y unos con tigo, que entre todos formaremos un cuerpo tal, que sus acciones, sus fueros y sus derechos serán unos, y este cuerpo será tanto más respetado, cuanto más sea el número de las parcialidades que lo compongan” . Jornada V (De la Cruz 1910: 156) (En estas citas, respetamos la grafía del texto fuente.)

⁴ “Desde este río me previno el Señor Gobernador Intendente de Concepción, que le devolviese al capitán Leandro Jara, con el diario hasta este punto obrado, á fin de que si perecía en lo de adelante, no se perdiese el reconocimiento hecho de la Cordillera y sus ríos, y por saber el éxito que llevaba la expedición, para según eso dar él las providencias convenientes, y comunicar á la capitania general con anticipación á mi llegada á Buenos Aires”. Jornada XXII (De la Cruz 1910: 194).

⁵ Juan F. Jiménez cita además que de la Cruz “incluyó en el Diario varias notas aclaratorias, complementando la información que ofrecía el texto de sus Tratados, muchas de las cuales no fueron editadas por De Angelis. En ellas

Así organizado el texto, se puede decir que en la parte correspondiente al “Viaje” se ejerce con mayor predisposición el oficio de escribir. Allí se manifiesta el intercambio de discursos, parlamentos, ceremonias de saludo, ruedas de conversación entre indios amigos y enemigos, entrevistas con cautivas, españoles vagabundos o convivientes.

En realidad, De la Cruz no se sorprende por la presencia de españoles que conviven con los indios. Más bien está preocupado: estos españoles andan en merodeos comerciales, quieren sacar ventajas, y para ello se valen de mentiras, engaños, malas intenciones, al punto de propalar rumores que ponen en “pie de guerra” a distintas parcialidades contra la embajada del propio De la Cruz.

Por otro lado, el año anterior (1805) se había llevado a cabo el viaje (desde Buenos Aires a Chile) del práctico Justo Molina, cuyo paso había sembrado inquietud entre los pobladores de la pampa. Ellos temían una invasión, una imposición por las armas de los españoles. Estos rumores, y las contrariedades que le ocasionan a De la Cruz, asoman en su escritura⁶.

En el “Tratado” sobre las costumbres, en nota al pie, De la Cruz no puede dejar de reconocer que los indios “tienen en sus tierras muchos españoles cautivos, unos y otros que se ocultan, y estos son nuestros peores enemigos. Carripilun tiene varios y entre ellos dos esclavos” (285).

El viaje se demora. Se suceden reuniones, largos parlamentos, ceremonias protocolares, discursos de persuasión con indios amigos y con los otros, los que viven en el territorio de “*Mamilmapu*”.

Una actitud precursora

Es precisamente aquí, en esta convergencia parlamentaria entre la lengua del indio y la del chileno-español, cuando surge una primera dimensión literaria de la región pampeana. Si bien hay un traductor de las palabras de los indios (un “lengua”) y un narrador que impone su punto de vista, en la escritura del Diario se nota una diferencia de enfoque, de enunciado, de valoraciones en el discurso de una y otra parte. A esta convergencia, proyectada sobre el

se aclara el significado de algunas palabras o conceptos y, en ciertos casos, se comparan las costumbres de pehuenches con otros grupos, especialmente los ranqueles” (Jiménez 2002: 208).

⁶ Llegan a su campamento pehuenches aliados que han de acompañarlo en el viaje. Pero hay otros que por temor a enfrentarse con parcialidades enemigas (huiliches y llanistas) se retrasan. A los primeros les contesta “¿Y no podríamos cortar la conversación, si habláramos de los daños que originan, y perjuicios que en la sociedad acarrear los embustes y enredos, cuando encuentran gefes crédulos, como vos habeis sido? Yó os suplico, amigos, no acrediteis en lo sucesivo novedad dicha de moceton, ni de otros españoles con quienes trateis. Ocho días estoy parado con mi comitiva, gastando los víveres que me eran precisos para el viaje, y otros tantos se ha adelantado el tiempo y atrasado mis caballerías, que cuando lleguen a las Pampas, donde las aguas escasean, ya irán sin fuerza.....” (Jornada IV , De la Cruz 1910: 149).

contexto del *Mamilmapu*, es posible considerarla como inicio de una representación, de una identidad de la pampa. En este sentido, es un texto precursor.

Se puede señalar, asimismo, que al interés por el modo de expresión de los protagonistas, De la Cruz agrega una calidez de enfoque, a la vez íntimo y público. En ese momento, cuando se despoja de los propósitos de su misión, aparece la conciencia del narrador, reflexiva y en plena posesión de una estrategia discursiva. Citemos dos ejemplos. En la Jornada V menciona la desconfianza que le suscita el cacique Laylo. De la Cruz lo invita a que venga a visitarlo con su familia, “aunque tenía muy escasas ganas de ello, porque á este indio le había notado un no sé que, que no puedo explicar, y podrá colegirse de la narración del viaje” (De la Cruz 1910: 154).

En la Jornada XIII, por otra parte, señala el autor que para conseguir información sobre terrenos, pastos y aguas, debe introducir el tema “insensiblemente” en la conversación. Pero no puede dejar de acotar que “...en este mismo sitio donde estoy escribiendo ha empezado Puelmanc á fundar nuevos obstáculos...” (De la Cruz 1910: 173).

Cuando desliza estas introspecciones, De la Cruz se afirma en su papel de narrador y acorta la distancia que lo separa de los otros. Para comprender mejor esta observación, y de paso ofrecer un cuadro más acabado de la situación enunciativa, debemos captar el primer plano de una escritura, en la que De la Cruz contrapone su propio discurso al de los indios.

Los aliados pehuenches se muestran remisos a acompañarlo hacia las pampas. Esto ocurre en los preparativos del viaje, todavía en territorio de la Capitanía General de Chile. Con un estilo franco y directo interpela al jefe Carrilon. Para terminar de convencerlo recurre al golpe emotivo, ya que este cacique “tenía una hija casada con el cacique Quintep, que vive en aquellas pampas” (De la Cruz 1910:129). La cita siguiente figura en las “Instrucciones”:

“Y cuando no vayas, si remites á tu hijo, le darás a esa pobre la satisfacción de ver á su hermano, y de recibir por su boca de él noticias de su buen padre. Ea, pues, amigo, labra este mérito en los últimos años de tu vida, con el que honrarás nuevamente a tu familia...” (De la Cruz 1910: 130).

El fragmento aún es importante por las formalidades retóricas, argumentativas, que expone. En líneas generales se puede decir que, a lo largo de la escritura del Diario, él mismo se transcribe, cita sus propias palabras, las escenifica. Su discurso es parlamentario, político, persuasivo, propio de alguien que se coloca en el rol de representar a las autoridades chilenas y al rey de España. Pero la locución “ea, pues” anuncia la lenta incorporación de la oralidad y es indicio de cómo Luis De la Cruz va descendiendo hacia el mismo plano en el que se hallan sus interlocutores.

Otro ejemplo: en la propia fila de los viajeros también existe desconfianza. De la Cruz reúne a su gente y advierte y entrega órdenes por escrito sobre el modo de precaverse cuando estén acercándose a un lugar de riesgo, como es el caso de Puelec (Puelén en la actualidad). El cacique Puelmanc le señala que allí “se junta el camino por el que tragan los Llamistas y Guiliches (sic)”, enemigos de los pehuenches. De la Cruz arenga a los suyos casi con las mismas disposiciones que ha empleado ante los caciques en el lado chileno.

En la Jornada XIX del Diario, se dirige por un lado a los de la comitiva y por el otro a sus sirvientes; simplemente hace una aclaración entre paréntesis, como si cambiara la focalización del interlocutor:

“También os dije que debemos ir a solicitar á Carripilun, que fue capitan del difunto Llanquitor, que cautivó y quitó la vida al canónigo Cañas, por el mismo camino de Buenos Aires á Mendoza. No me descuidé así mismo de advertiros que las Guiliches y Llamistas, enemigos de los Peguenches que traemos por amigos, traganaban este camino(...) No se, amigos, lo que os animó a vosotros, (hablo con algunos de los sirvientes de la comitiva). Si fue el prestigio que venis ganando, estamos pues ahora en el caso de que pudiera proporcionarse ocasión de defender vuestras vidas para gozar del premio que esperais en la ganancia.” (De la Cruz 1910: 182).

La representación de los otros

Del otro lado, la voz de los indios converge hacia el flujo discursivo del narrador. De la Cruz sostiene que los indios son bárbaros en sus costumbres y en sus tratos, por lo que habría que sacarlos de su situación y colocarlos en la esfera política de la corona española. Sin embargo dominan una lengua, un arte en el uso de la palabra. Son magníficos en sus parlamentos, en su elocuencia, en su retórica ceremoniosa, hasta en el uso poético de su lengua. Destaca principalmente al "comandante" o "general" de las pampas -como a veces lo llama- Carripilun, y al pehuenche Manquel.

Carripilun es inteligente, de buen raciocinio. En sus manifestaciones figura ya una resignación ante el avance de los españoles. Tal vez sea por esto que se decide a acompañar a De la Cruz y presentarse ante el virrey de Buenos Aires. Carripilun parece emplear un discurso brillante al que incorpora el contexto donde vive para expresar sus ideas y sentimientos. “Me contestó con finas expresiones”, acota De la Cruz, en la Jornada XXX, cuando transcribe las palabras del cacique:

"Soy racional, y no creo que pueda otro hombre de respecto y de bien engañar á un cacique que vive en sus tierras, disfrutando de una quietud apreciable, respetado y querido de sus vasallos, al mismo tiempo que temido de los indios. No soy alzado, porque el señor Virey

difunto, que gobernó antes del actual, me mandó llamar, y yo le contesté a su mensaje que no quería ir - respuesta que me pareció propia al recado, porque si él me mandaba llamar como Virey, yo no quise ir como cabeza principal de estas tierras, independientes de su jurisdicción" (De la Cruz 1910: 214).

Si bien la diferencia entre el discurso del chileno-español y el de los indios está mediada –como ya lo expresamos- por un intérprete y por el propio estilo del narrador, se percibe un cuidado especial por transcribir un modo de locución distinto⁷. El mismo Carripilun se distingue de los otros porque es el único que pregunta acerca de la actitud de escribir que observa en De la Cruz:

“...y habiéndome hallado escribiendo, me preguntó que era lo que escribía tan temprano y le contesté el Diario de mi viage, esto es, una prolija relacion de lo que veo, hablo y trato”.

El cacique responde: “...no en balde te mandan a vos –sea pues, el principio de nuestro bien” (Jornada XXX, De la Cruz, 1910: 217-218).

En la Jornada L, en las cercanías de Melincué (fuerte del sur de Santa Fe, hacia donde la expedición se desvía por los acontecimientos de Buenos Aires), Carripilun recibe la visita de un amigo que le obsequia panes y aguardiente. Los indios se embriagan. De la Cruz, ante dos de ellos enuncia un discurso moralizante sobre los estragos que causa el alcohol. Pese a ello, se admira de que no pierdan su verborragia y elocuencia: “es constante que estas naciones en sus borracheras, es cuando aprenden á proferir las ocasiones que elocuentemente hacen”; y remata diciendo que “quitándoles esta especialidad, en todo lo demás son unos salvages” (De la Cruz 1910: 252).

Dentro del “Tratado”, en un segmento titulado “De su retórica, poesía, medicina y comercio” referido a los pehuenches, pero generalizable a todas las tribus y parcialidades, De la Cruz comenta que aquellos indios que hablan bien y con elegancia son los “más respetados y de más estimación”; admite que “sus oraciones constan de todas las partes esenciales” del discurso *Diclásico*. Además:

"No deja de haber entre ellos poetas, que los distinguen con el nombre de *entugli*. Sus obras se reducen á hacer narracion de las hazañas de sus antepasados, de sus trabajos y sus muertes, de sus pasiones, amores &a. Ello es cierto que en sus juntas, con sus expresiones vivas, de tal modo que conmueven al corazon de sus compatriotas, que los hacen llorar, cuando tratan de cosas lúgubres, ó saltan de contento cuando de cosas alegres” (De la Cruz 1910: 298).

A modo de ilustración de su comentario, De la Cruz cita un poema⁸.

⁷ Para que esta percepción fuera mejor comprendida, sería necesario comparar y analizar por entero los discursos que figuran en el *Diario*.

⁸ Fui á dejar mi Neculante [jefe indio que murió en un malón]

La convergencia en la voz de una cautiva

La convergencia de ambas partes y de ambos discursos se corporiza en el encuentro breve pero fundamental de Luis de la Cruz con una cautiva blanca, Petronila Pérez. Ella puede hablar las dos lenguas; ella ha vivido en ambos lados de una frontera irregular que separa al indio del blanco; ella elige quedarse en uno de los lados.

En el mencionado lugar de Puelec (Puelén) -Jornada XX del *Diario*- ocurre este encuentro que agrega un nuevo contraste entre la orientación del narrador y la focalización de los hechos por parte de los indios. Petronila Pérez vive con los indios y debió reaprender la lengua española:

“-¿Eres cautiva? - Si soy - ¿Mucho há? - De muy chica - ¿Cómo sabes hablar? - Por que he tratado con otras cautivas, que me enseñaron como hablan allá” (De la Cruz 1910: 186).

Luego De la Cruz pregunta si no quiso ir a “pasear á los cristianos”. Ella responde “-No quise irme, porque quiero mucho á mis hijos”⁹ (De la Cruz 1910: 186).

El autor vuelve a observar costumbres bárbaras, insalubres, entre los indios, pero en el trato con las cautivas y los niños señala que se muestran humanitarios y cariñosos.

A modo de evaluación

Buena parte de las jornadas relativas a La Pampa (XVIII a XXXIX), coinciden con lo que hoy se denomina el oeste pampeano. La travesía e intemperie del oeste pampeano se liga con la pérdida de la lengua del indio y de su espacio social, y se ha constituido en una zona de la literatura provincial que remite a la pobreza, la soledad, el olvido y la desolación, sobre todo a partir de la modificación del río Chadileuvú, que ya no discurre como antes.

Hoy, como indicio de cultura, se rescata una toponimia cuyo vocabulario nutre composiciones poéticas y relatos. En realidad, el espacio referido del oeste pampeano ingresa a la literatura como una marca de identidad. Marca que no es más que una derivación de lo que hemos llamado la convergencia discursiva entre la escritura de uno (español) y la lengua del otro (indio).

Una muestra destacada de esta convergencia se halla en la obra de Edgar Morisoli, una de las voces poéticas más reconocidas de la provincia. Morisoli actualiza la figura de Luis de la

a las tierras de Tilquí.
Oh! Homicidas faldas de cerro
que en sombras ó moscas lo conviertes.
(De la Cruz 1910: 298).

⁹ De la Cruz se encontrará con otra cautiva, Petrona Martínez, “casada, con varios hijos” (en Jornada XLI, De la Cruz 1910: 240).

Cruz y lo rescata como uno de los grandes hombres de la emancipación de América del Sur. En el episodio con la cautiva Petronila Pérez, el poeta camina junto al viajero por la intemperie y el olvido, hasta llegar al manantial de Puelén donde se recrea el fraseo, el diálogo entre ambos:¹⁰

Y allí el encuentro, entonces,

las *razones*, la voz, la viva sombra

rescatada al olvido, los nombres que aún resuenan

(si uno sabe

poner la oreja en tierra o en el tenue

aire de las planizas-... y a la oración, mejor, cuando una luz tendida

se gana a tajos lentos, colorados y solos

con agua de la acequia-), los nombres, sí, las sílabas que en su frescor rezuma

la piedra de Puelén: Jara, Baeza,

Payllacura, Puelmanc... y Petronila.

Ella, por fin, nos llega

sonriente de otro siglo, de otro

sueño, cautiva

de su amor; *Así que estuve separado/*

de ellos... le dije: ¿Amiga, eres casada?/ ¿Cómo/

te llamas? –Petronila/

Pérez, respondió ella. -¿Eres cautiva?/

-Sí soy... No quise irme porque quiero

mucho a mis hijos... (Oigan, en la liviana

brisa, sonar aún la tonada, el acento,

la voz de aquellas voces): *¿Qué cómo/*

se llamaba entre los indios? –Que Llanihual; esto es/

ya se perdió la huala.

(Bulla nomás, ceniza,

gualicho de los viejos papeles... ¡La verdad

está aquí, sobre esta recia y pobre

provincia, cuero de astro sobre el cual el Chileno galopó largo y lejos por los tiempos del rey, y albeaba la América insurgente (...)

¹⁰ El poema dedicado a Petronila Pérez se titula “Jornada XX, con una ‘Canción de la huala perdida. Para Petronila Pérez, en Puelén’ ”. Integra el poemario “Jornada de los confines. 1975/77”, en el volumen *Obra callada* (Morisoli 1994: 81-85).

El Viaje de Luis de la Cruz resistió el paso del tiempo y ha ingresado en la modernidad como un texto capaz de iniciar una representación, una identidad de La Pampa, válida para el ámbito general de la cultura, y específicamente para el campo de la creación literaria.

Bibliografía

DE LA CRUZ, Luis (1910) “Viaje a su costa del Alcalde Provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile Don Luis de la Cruz”, en: DE ANGELIS, Pedro. *Colección de obras y documentación relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de La Plata*, V: [1836]. Buenos Aires, Librería Nacional de Lajouane, pp. 117-307.

JIMÉNEZ, Juan Francisco (2002) “Castas y ponchos. Comentarios a las observaciones de Luis de la Cruz sobre el comercio del ganado entre la Cordillera y Mamil Mapu (1806)”, en: AGUERRE, Marta M. y Alicia H. TAPIA, comp. (2002) *Entre médanos y caldenes de la pampa seca. Arqueología, Historia, Lengua y topónimos*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 201-230.

MORISOLI, Edgar (1994). *Obra callada. 1974-1986*. Santa Rosa, Ediciones Pitanguá.